

SE conoce muy poco del carácter de las antiguas divinidades zapotecas cuyas figuraciones han sido encontradas en gran número en Monte Albán y sus alrededores. En efecto, a pesar de que sus símbolos y sus características hayan sido minuciosamente descritos,¹ ninguna de sus funciones —con excepción de Cocijo, el encargado de la lluvia— puede señalarse con certidumbre; y teniendo en cuenta la falta casi total de documentos que se refieren a esta cultura, es poco probable que se logre nunca identificar a estos dioses y diosas, tan cruelmente atacados de amnesia, que no pueden dar razón de sí mismos. La intuición, por otra parte, presta poco auxilio en el caso de estas imágenes donde toda espontaneidad está rigurosamente excluida y cuyas expresiones imperturbables desorientan. Reflejos de una humanidad apenas en el umbral de su conciencia, son, a todas luces, dioses concebidos en la angustia. Acaban de surgir del mundo de lo sagrado, que ignora la condición humana y que aplasta al hombre con su peso de misterio.²

Una de estas representaciones es la de una diosa que, a juzgar por la frecuencia con que aparece, debía tener un papel de primer orden, cuya naturaleza desgraciadamente se ignora por completo. De atavío modesto, se distingue por llevar en su tocado un glifo en que se podría reconocer una cápsula de algodón abierta. Como, por otra parte, en las raras crónicas del comienzo de la colonización que se refieren a la región zapoteca,³ se encuentra cierta divinidad nombrada *Nobuichana* que goza de una popularidad no igualada por ninguno de sus colegas, es naturalmente grande la tentación de identificar con ella la figura arqueológica.⁴ Además de las investigaciones de biblioteca efectuadas con la esperanza de descubrir indicios que permitieran salvar una diosa del anonimato que la corroe, hemos intentado seguir la huella del culto de *Nobuichana* en las manifestaciones religiosas actuales. Con este propósito, nos pareció particularmente interesante visitar un santuario donde una virgen altamente milagrosa atrae anualmente, el 8 de diciembre, millares de peregrinos zapotecas, sabiendo que cuando una divinidad precolombina se ha obstinado en no morir, la iglesia católica, invariablemente, ha tratado de desviar la veneración de que ella era objeto hacia uno de sus propios ídolos.

A varios días de marcha del último punto a que llega cualquier medio de locomoción mecánica, se encuentra Juquila, perdida en una inmensidad salvaje y prodigiosa de picos y precipicios.⁵

Su iglesia quedó derrumbada en 1931 a consecuencia de un temblor, y la Virgen gloriosa habita desde entonces una barraca sorprendentemente miserable:⁶ una nave constituida por un techo de una veintena de metros de largo sostenido por troncos de árboles ahorquillados; unas tablas groseramente cepilladas y blanqueadas con cal que la separan del curato, y uno de los muros de la iglesia en ruinas —recubierto de musgo y de follaje— que la sostiene del costado opuesto. Un trapo rojo que abarca todo el ancho de la nave, hace de portada, e imágenes religiosas de un extravagante mal gusto adornan los altares. De muy pequeñas dimensiones y colocada a gran altura, la estatuita hacia la cual se elevan las fervorosas plegarias de tantos desdichados, resulta apenas discernible.



La Virgen y el ídolo.

EL CULTO MAGICO DE UNA VIRGEN

Por Laurette SEJOURNÉ

Dibujos de Alberto BELTRAN.

El descalabrado cobertizo es el único centro social de este gran pueblo soñoliento. Nunca faltan los fieles que vienen a participar sus penas a la "virgencita" y ofren-

darle cirios y flores, y durante la misa y el rosario, que puntúan el ritmo monótono de cada día, el templo está lleno de una multitud que escucha religiosamente los sermones de un joven cura, pulcramente ataviado. Saboreando la elegancia de su propia dicción, el sacerdote no se cansa de exaltar las virtudes de humildad y resignación delante de esas mujeres que, eternas penitentes, están arrodilladas sobre piedras que las lastiman, y envueltas como en un sudario por el negro rebozo que simboliza bien su pobre destino.⁷

Esta lenta existencia se altera bruscamente en ocasión de las fiestas de la Virgen y, como una playa desierta invadida por la marea, Juquila queda entonces sumergida por los peregrinos que acuden de todos los rumbos del país. Muy pronto, la gran plaza, inmóvil y silenciosa, bordeada de grupos de vendedoras sentadas en el suelo delante de los frutos de sus huertas, no será más que una imagen nostálgica, así como el martilleo de los herreros —respiración del pueblo— y la letanía monótona de los prisioneros que cantan, al fin del día, el rosario, será recubierto por el murmullo de la muchedumbre.

Los comerciantes llegan primero. Las marchas agotadoras y las noches pasadas a cielo descubierto dan a los recién llegados un aire de familia de una especie extraña. Todos esperarán con impaciencia desembalar la mercadería tan penosamente transportada, y abundarán las discusiones para obtener del Ayuntamiento un sitio mejor. Después de hábiles conversaciones, una mujer gorda, flácida y sonriente, logra instalar su comercio —un burdel con bebidas y juegos de azar— bajo una enramada que se levanta en el centro mismo de la plaza, junto a la fuente donde las mujeres y los niños vienen a buscar el agua.

El acceso a la iglesia se hace de día en día más difícil, porque innumerables puestos de imágenes religiosas, de cocinas al aire libre y de barracas heterogéneas han brotado a su alrededor. Están también los buhoneros —con una caja rutilante de cintas y encajes colocada sobre el pecho, como en los libros infantiles—, entre los cuales, según se dice, están los ladrones que frecuentan asiduamente la feria (y al contemplar su inquietud).



Los objetos del mercado.

tante gallardía, piensa uno que esto debe ser verdad); los cantantes callejeros, los limpiabotas, un loco semi-desnudo que canta con éxito tonadas de su invención, arrancando de un mísero violín ruidos que hacen rechinar los dientes; los mendigos que exhiben sus deformidades con una constancia de pequeños comerciantes y, en fin, los peregrinos, que llegan por olas sucesivas durante más de una semana.

Formados en columnas, éstos desembocan en la plaza, cargados de grandes ramos de romero, flores silvestres, helechos y ramas de pino, cantando himnos melancólicos. El aspecto de las mujeres de la ciudad, con sus "permanentes", sus vestidos cortos y su desorden interior, resulta mezquino junto a la gracia severa de las indias, en particular de algunas que vienen de montañas lejanas, llevando enormes turbantes de lana negra, blancos vestidos flotantes y hermosas sandalias de cuero bordado.

Una vez en la iglesia, se arrastran todos de rodillas hasta el altar,^s sucumbiendo casi bajo las flores y los cirios. Desde la entrada, se dirigen en alta voz a la Virgen; la atmósfera de la iglesia logra casi siempre vencer su resistencia nerviosa, y los sollozos violentos y los llantos sofocados forman parte del ritual. Delante del altar mayor, dos curas, con la mirada ausente, distribuyen bendiciones a todas las imágenes, las cabezas o los rosarios que desfilan rápidamente delante de ellos, mientras que tres ayudantes, con precisión de expertos, se ocupan de las ofrendas: los ramos van a formar un montón detrás del altar, y los cirios, apenas encendidos por manos piadosas, son arrancados y arrojados a una caja para volver a fundirlos y ponerlos nuevamente en venta.

Estos millares de seres sin amparo, cuyos impulsos y energías son metódicamente canalizados hacia una oscura inconciencia colectiva, estos seres humanos que vienen a pedir protección a una imagen estéril vergonzosamente explotada, inspiran la piedad más profunda. Aparte de los comerciantes, que no se ocupan más que de sus negocios, los visitantes de la Virgen pertenecen todos a las clases pobres, y este peregrinaje, que se hace en condiciones increíblemente duras, consume las economías de varios años de trabajo.

Con mucha anticipación se comenta la llegada de la gente del Pacífico, cuyas tropas de caballos, cargamentos de papagayos y objetos de oro forman la atracción mayor de la feria, y, para distraerse, en las tardes que preceden el día de la fiesta, aldeanos y peregrinos van hacia el lugar, de donde se les ve emerger bruscamente sobre la montaña opuesta.

Deslumbrados por los rayos del sol poniente, sentados en los taludes, siguen atentos la marcha de las minúsculas caravanas; las ven descender con lentitud, pasar el río transparente pisando en las gruesas piedras blancas, e ir recortándose poco a poco, sobre el camino abrupto que marca el fin de su viaje. El juego consiste en ser el primero en indicar la procedencia de los que llegan o la naturaleza de sus cargamentos, y hay siempre quien pronuncia nombres de pueblos lejanos o adivina un loro cuando aún no se ve otra cosa que unos puntos impresionantes.

La gente de la costa se divide en dos grupos: por una parte, negros más o menos mestizados; por otra, los indios, que no deben haber cambiado mucho desde los tiem-

pos prehispánicos. Con particularidades muy diferentes, las mujeres de los dos grupos son extraordinarias: las primeras, bellas amazonas de gran prestancia y rostros autoritarios; las otras, pequeñas, los senos desnudos, puesta sobre la cabeza una media calabaza que recuerda curiosamente una boina vasca, caminando cerca de sus asnos sin atreverse a mirar a su alrededor.

La charla de un loro que llega montado sobre una mula produce la admiración de todos, y como la deliciosa niña de nariz respingada que lo acompaña indica un precio que parece demasiado alto, varias personas los siguen con la esperanza de poder adquirir de algún modo el pájaro sabio. La comitiva llega así a una de las posadas donde se albergan los de la Costa, vasto campamento abarrotado de animales tristes y de gentes insólitas. En un rincón, una anciana cocina en un gran fuego de leña, ayudada por una frágil muchacha vestida de satén verde turquesa. Las gentes rodean al loro comentando su inteligencia y discutiendo su precio encarnizadamente, y cuando a un hombre que le pregunta: "¿Nos vamos, perico?", él le contesta: "¿Dónde?", es objeto de una verdadera ovación. Una mujer cuenta que, previendo que no vería más su casa, el pájaro se puso a llorar al abandonarla, y esta hazaña aumenta la oferta, sin que se llegue, no obstante, a la suma pedida. Aparece de repente un personaje tan fascinante como una "ecuyère" de circo surgida de un recuerdo de infancia: un sombrero de hombre protege sus ojos muy abiertos, firmes y dulces, sus rasgos viriles bien delineados y sus largas trenzas negras. Una falda multicolor recubre enteramente la grupa del caballo y cae con elegancia por todos los costados. Desciende desenvuelta y ligera de su montura y, como una reina de las Mil y una Noches caminando sobre tapices mullidos, pisa con majestad el polvo lleno de estiércol. Iniciado su viaje desde diez días, no ha dormido, como todos, más que algunas horas por noche a cielo abierto, ha comido poco y mal y, desde la salida, al amanecer del mismo día, no ha tomado absolutamente nada, salvo, quizá, un poco del agua murmurante de los ríos, al mismo tiempo que su caballo.

La gente del Pacífico da súbitamente un brillo prodigioso a la multitud opaca de peregrinos y comerciantes venidos desde el interior del país. Todo el mundo se pasea ahora con un loro sobre el hombro, y el parloteo de estos pájaros mundanos se eleva por encima del murmullo inarticulado de la multitud. Una mujer vende dos extrañas iguanas negras que observan la muchedumbre con ojo penetrante; los curiosos se agrupan en círculo alrededor de una marta cuyas travesuras hacen pensar en las de un osito, y las pieles de tigre se exhiben por todas partes. Los objetos de cuero suntuosamente bordados; las alhajas de oro con dibujos románticos; las calabazas grabadas donde se destacan, entre pesados follajes, pájaros y serpientes; las blusas bordadas con cuentas brillantes de vidrio, provocan el entusiasmo y la codicia de todos. Dos jóvenes negras, desnudas bajo una especie de sábana echada sobre el hombro, fuman con indolencia un gran cigarro de hoja. Están sentadas sobre el suelo e indican con aire indiferente el precio de sus mercancías, precio que nunca pasa de unos centavos. Las conchas de erizo, las estrellas de mar, las

madréporas malva esparcidas a su alrededor no están como se podría creer en el primer momento, destinadas a la decoración, son medicamentos preciosos para ciertas enfermedades del corazón. Venden también unas bonitas semillas gris claro, redondas como canicas, y explican que, molidas y mezcladas con la orina, sirven de ungüento que protege a los niños contra las asechanzas del mal de ojo. Un anciano en postura de ídolo monta guardia ante dos ardillas disecadas con frijoles rojo vivo en lugar de ojos, conchas marinas de toda especie y un tucán con las plumas lamentablemente apagadas por la muerte. El pico del pájaro, reducido a polvo, constituye al parecer un remedio infalible contra los ataques de epilepsia. Entre las variedades innumerables de plantas y raíces medicinales de un puesto lleno de encanto, se encuentra en abundancia una flor sorprendente, la "mano de león". Es una campánula aterciopelada, de pétalos rojo oscuro, pistilo que termina en una garra muy bien representada, con sus cinco dedos de los cuales surgen uñas puntiagudas. Los filetes de oro viejo que recubren los dedos y los pétalos que forman un amplio puño sobre ellos, evocan con precisión la mano enguantada de un león de cuento de hadas. Muchas son las propiedades medicinales de esta flor inquietante y todas se relacionan con la sangre.

El camino que trae a los que vienen del interior del país, desemboca sobre la vertiente contraria a aquélla que mira del lado del Pacífico. Son estrechos senderos solitarios que trepan y descenden día tras día las montañas espléndidas, a los pies de las cuales se encuentra siempre el gran río cubierto de sombra.

Horas antes de llegar a Juquila, se alcanza una alta meseta desde donde la vista, más allá de las cimas y de los boscosos desfiladeros, se abre bruscamente hasta el mar. Es el lugar llamado "El Pedimento" —amplio espacio rodeado de pinos y robles— en el cual se detienen todos los peregrinos para cumplir ciertos ritos inesperados: decenas de hombres y de mujeres están allí misteriosamente ocupados en tareas cuyo sentido se revela poco a poco, con la ayuda de detalles reveladores, pero que al comienzo no dejan de sorprender mucho. Un campesino bigotudo acaba de construir una bonita casa de muñecas con cortezas de árbol; una anciana deposita flores sobre el reborde del brocal de un pozo en miniatura recién salido de sus manos; unos jóvenes modelan animales en arcilla; unas muchachas confeccionan opulentas trenzas con agujas de pino; un viejo pide que se le venda una gallina y explica bondadosamente que para hacerlo sólo se necesita entregarle uno de los muchos frutos de pino esparcidos por el suelo...

La seriedad que preside estos extraños juegos es tan profunda que nadie piensa en sonreír, e intentando con inquietud interpretarlos, se termina por comprender que se trata de la figuración minuciosa de peticiones que cada uno viene a hacer a la Virgen. Esta explicación desorienta aún más, porque es claro que estas ceremonias no tienen nada que ver con el catolicismo. En efecto, el peregrino no se limita a configurar el objeto de sus deseos —lo que podría no ser más que un modo elemental de expresarse—, sino que manifiesta además una actitud puramente mágica: no ruega, actúa. En lugar de encomendarse a una potencia superior, se encarga él mismo de la realización de sus deseos, estableciendo, por la acción, contacto

directo con el objeto, que se vuelve de este modo su propia cosa. Sólo en el caso de que el papel de propietario, por ejemplo, no fuera desempeñado con bastante convicción, la casa, el pozo o los animales se escaparían, y de ahí la seriedad intimidante de esta representación colectiva, que se nos aparece como un vasto drama de la autenticidad.

Es difícil imaginar un espectáculo más desconcertante que el de estos seres de aspecto normal conduciéndose como alucinados de un cuento fantástico. Una campesina gorda ofrece un puñado de bellotas alabando la frescura y el bajo precio de sus huevos; un joven con aspecto de modesto empleado se pasea anunciando billetes de lotería y, a cambio de la envoltura de un paquete de cigarrillos que ofrece, se le pagará con una piedrita, que él a su vez examinará para asegurarse de la validez de la moneda; dos viejos discuten, en voz baja y densa, el precio de una vaca de barro; un fornido muchacho de unos veinte años arrastra muy seriamente detrás de sí el caballo que acaba de adquirir y que no es otra cosa, al ex-

herméticos que una mujer terriblemente concentrada trazó durante un largo rato en la tierra. Cargados de flores silvestres, los peregrinos llegan, cantando himnos, y van a arrodillarse ante el santuario del lugar — unas ramas en pabellón, sin ninguna imagen religiosa — donde ellos cuelgan una primera petición. Los guijarros y las hojas de roble envueltos en viejos papeles amarillentos representan el dinero, y aparecen en gran cantidad. Hay también una hamaca con un bebé de celuloide; una casita de barro finamente modelada; los animales; las trenzas de agujas de pino; la imagen de un hombre desnudo; una ramita rodeada de algodón, e infinitos paquetes que se depositan secretamente bajo las ramas cuidando que nadie descubra su contenido. Terminados estos preliminares, los implorantes se esparcen sobre la meseta para ponerse en seguida a la obra: nuevos deseos toman forma y el drama se representa una vez más con tanto ardor como los precedentes y como los que han de seguir.



La ceremonia de petición.

tremo de un cordel, que una piña alargada; una matrona de mirada enérgica reclama un papel de garantía al vendedor de la máquina de coser hecha de arcilla; un joven tímido, arrodillado desde hace un momento, se aleja gravemente dando el brazo a una mujer invisible, mientras que una niña detrás de él levanta la cola de un vestido imaginario, y un muchacho lanza petardos en señal de júbilo por el casamiento de su amigo; un cultivador que estimula con sus voces a bueyes de barro se muestra de pronto profundamente afectado, al enterarse de que su vecino no tiene más de ese hermoso maíz (trozos de piedra blanca) con que él contaba para hacer sus siembras; dos mujeres que se pelean a propósito de un billete de banco representado por una caja de fósforos vacía...

Los peregrinos se renuevan sin cesar y se camina sobre capas de símbolos de deseos infinitos ahora abandonados: frutos de pino, restos de animales y de casas, y otros que se han vuelto invisibles, como esos signos

Juquila se desborda. Una multitud compacta, que da una penosa sensación de cautiverio, se infiltra hasta los más secretos rincones. Los patios, los cuartos, las terrazas, las calles, están abarrotados de seres que cantan, duermen, comen, cocinan... y hay que hacer un verdadero esfuerzo para abrirse camino entre estas oleadas multicolores.

De tiempo en tiempo, una quincena de hombres en fila india irrumpe violentamente gritando: "¡Paso. Paso!": es la policía formada por indígenas de los alrededores, en trabajo comunal. Marchan con gran rapidez; apenas se ha tenido tiempo de verlos cuando ya han desaparecido. Muy pequeños, llevan todos grandes sombreros de fieltro negro, camisas fulgurantes de satén verde, amarillo o solferino, y blanden sus machetes impresionantes por encima de sus cabezas.

Los robos, cometidos principalmente en el interior de la iglesia, ya no se cuentan, y esto a pesar de que el cura ha subido varias veces al púlpito para poner en guardia a los fieles y expresar su reprobación de las malas ovejas. Todo el mundo habla del hurto en

que el amigo es la víctima, y no es raro ver un hombre tomar una expresión de aturdimiento cuando lleva la mano al bolsillo para pagar una compra. Una yalalteca muy anciana llora desesperadamente, y cuando cuenta su infortunio — a su hijo le han robado todo lo que tenía — una mujer le aconseja enérgicamente ir a quejarse a la Virgen. Alguien explica con la mayor seriedad que, siendo infinita su bondad, satisface los votos de todos los peregrinos, incluso los de los ladrones.

El día mismo de la fiesta me fué imposible penetrar en la iglesia a causa de las orgías de adoración de que la Virgen era objeto. Mis tentativas de asistir al espectáculo fracasaron todas porque, al aproximarme a la puerta, me veía arrastrada por un desesperante remolino, del cual me liberaba con precipitación, palpitante el corazón como si hubiera escapado de grave peligro. (Supe después que el año anterior dos mujeres habían sido así aplastadas y muertas por la muchedumbre).

El día siguiente, a pesar de ser todavía asiduamente visitada, la iglesia respira un triste abandono. El fervor caluroso de los días precedentes se ha congelado como la cera derretida de los cirios que ensucia enteramente el suelo. Los mismos sacerdotes continúan bendiciendo, pero tienen ahora como un azoramiento de bestias cansadas. Los sacristanes arrancan las velas con ademanes de sonámbulos y en lugar de tener los brazos cargados de ofrendas olorosas, distribuyen flores y hojas secas a una masa ávida que se aprieta alrededor del altar para obtener una brizna de esta hierba que, por haber quedado algunos días cerca de la Virgen, se ha convertido en talismán que servirá a fines mágicos.*

* Capítulo del libro *Supervivencias de un mundo mágico* próximo a aparecer.

1 *Las Urnas de Oaxaca* (Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1952) Alfonso Caso e Ignacio Bernal.

2 Son significativas a este respecto las palabras de Juan de Córdoba en su *Arte del idioma zapoteca*, (pág. 19): "...Dize tambien para dezir Dios es venerable, Dios es espantoso".

3 La más importante de ellas es la *Relación auténtica de las idolatrías, supersticiones, vanas observaciones de los indios del Obispado de Oaxaca*, por el Br. Gonzalo de Balsalobre, 1656. (Anales del Museo Nacional, Primera Epoca, 1898).

4 Esta identificación ha sido intentada por la autora, en un trabajo por aparecer en los Anales del Museo, México, 1954.

5 Más de 6.000 habitantes, en su mayoría mestizos. Cabeza de distrito y centro comercial de numerosas aldeas de lengua chatina. La tierra de esta vasta jurisdicción es comunal y los frutos de ciertas extensiones no habitadas — café y una nuez muy rica en aceite (corozo) — son recolectados por todos los miembros de la colectividad sin distinción. La venta de estos productos no puede desgraciadamente hacerse más que a los comerciantes locales, que, siendo los únicos que disponen de una organización que les permite hacer circular la mercadería, fijan los precios a voluntad.

6 Sorpresa tanto más justificada si se tiene en cuenta que los beneficios realizados anualmente con las 50.000 personas que concurren al santuario deben ser de importancia.

7 Es de notar que desde el momento que el comercio constituye la base económica de una organización social, la población se vuelve mestiza y la familia tiende a disgregarse. La madre soltera, por ejemplo, desconocida en las aldeas indígenas, donde la familia es sorprendentemente unida, es fenómeno corriente en estos pueblos sometidos al dinero.

8 Los hay que por voto vienen de rodillas desde la entrada del pueblo. Estos infortunados necesitan largas horas para recorrer los dos kilómetros de camino pedregoso que sube del río.